

»A todo atendía Ricci, para todo era él bastante. Respondía á las acusaciones de sus enemigos en Europa, velaba por las iglesias nacientes de la China, daba lecciones de matemáticas, escribía en chino libros de controversia contra letrados que le combatían, cultivaba la amistad del emperador y se hacía lugar en la corte ganándose el afecto de los grandes con su política, Tantas fatigas abreviaron sus días, y terminó en Pekin una vida de cincuenta y siete años, de los cuales había invertido la mitad en los trabajos del apostolado.

»Muerto el P. Ricci fué interrumpida su misión por las revoluciones que acaecen tan frecuentemente en la China; pero cuando el emperador tártaro Cunchi subió al trono, nombró al padre Adam Schall presidente del tribunal de matemáticas. Murió Cunchi, y durante la minoría de su hijo Cang-hi, la religión cristiana se vió espuesta á nuevas persecuciones.

»Hallábase el calendario de la China en una grande confusión cuando llegó el emperador á la mayor edad, y en este caso fué preciso recurrir á los misioneros y llamarlos. El jóven príncipe se mostró favorecedor del P. Verbiest, sucesor de Schall: hizo examinar el Cristianismo por el tribunal de los estados del imperio, copió de su propia mano la memoria de los Jesuitas, y los jueces despues de un maduro exámen declararon que la religión cristiana era buena, y que nada contenía que fuese contrario á las costumbres y á la prosperidad de los imperios.

»Digno era de los discípulos de Confucio el pronunciar una sentencia semejante en favor de la ley de Jesucristo. Poco tiempo despues de este decreto, llamó de Paris el P. Verbiest, á aquellos sabios jesuitas que llevaron, y honraron el nombre francés hasta el centro del Asia.

»El jesuita que partía para la China llevaba siempre consigo el telescopio y el compás, se presentaba en la corte de Pekin con la urbanidad de la corte de Luis XIV, y rodeado de la honorífica comitiva de las ciencias y de las artes. Desarrollando mapas, rodando globos, trazando esferas, enseñaba á los mandarines absortos el verdadero curso de los astros, y el verdadero nombre del que los dirige en sus órbitas. No destruía los errores de la física sino para destruir los de la moral: restablecía en el corazón, como

en su verdadero sitio, la sencillez que desterraba del espíritu, inspirando al mismo tiempo con sus costumbres y su saber una profunda veneración hácia su Dios, y una alta estimación de su patria.

»Era muy lisonjero y muy grato para la Francia el ver sus simples religiosos arreglar en la China los fastos de un grande imperio. Proponíanse cuestiones desde Pekin á Paris, y la cronología, la astronomía y la historia natural suministraban asunto de discusiones curiosas y sábias: los libros chinos eran traducidos en francés, y los franceses en chino. El P. Parennin en su carta dirigida á Fontenelle escribía á la academia de las ciencias:

«Señores, acaso quedaréis sorprendidos de que yo os envíe desde tan léjos un tratado de anatomía, un curso de medicina y unas cuestiones de física escritas en lengua que sin duda os es desconocida: mas sin duda cesará vuestra sorpresa cuando veais que os envío vuestras propias obras vertidas á la tártara.»

»Es preciso leer desde la cruz á la fecha esta carta en que respira aquel tono de política y aquel estilo propio de los hombres de bien, casi olvidado en nuestros días. «El jesuita llamado Pennin, dice Voltaire, hombre célebre por sus conocimientos, por su sabiduría y su carácter, que hablaba muy bien el chino y el tártaro..... es conocido principalmente entre nosotros por sus respuestas sábias é instructivas sobre las ciencias de la China, á las sábias dificultades de uno de nuestros mejores filósofos.»

»En 1711 dió á los Jesuitas el emperador de la China tres inscripciones que él mismo había compuesto para una iglesia que hacían erigir en Pekin. La del frontispicio decía:

«Al verdadero príncipe de todas las cosas.» En una de las dos columnas del peristilo se leía:

«Es infinitamente bueno, é infinitamente justo: ilumina, sostiene, todo lo arregla con su suprema autoridad, y con una soberana justicia.»

»La última columna tenía esculpidas estas palabras:

«No ha tenido principio ni tendrá fin: ha creado todas las cosas desde el principio, y él es quien las gobierna y es el verdadero señor de ellas.»

»Cualquiera que se interese en la gloria de su país no puede dejar de conmoverse extraordinariamente, al ver que unos pobres

misioneros franceses dan semejantes ideas de Dios al cabeza de muchos millones de hombres. ¡Oh cuan noble uso de la religion!

»El pueblo, los mandarines, los letrados, todos afanados abrazaban la nueva doctrina, y las ceremonias del culto tenían particularmente un éxito prodigioso. «Antes de la comunión, dice el P. Fouquet, pronunciaba yo en voz alta los actos que se deben hacer al ir á recibir aquel divino sacramento: y aunque la lengua china no es fecunda en afectos del corazón, produjo esto muy buen éxito.... Observé en el rostro de aquellos buenos cristianos una devoción que hasta entonces no había visto todavía.»

«Loukang, añade el mismo misionero, me había inspirado gusto á las misiones del campo. Salí del lugar, encontré todas aquellas pobres gentes que trabajaban por una y otra parte, y me llegué á uno de ellos que me pareció tener la fisonomía agradable y le hablé de Dios. Se me figuró complacido de lo que yo decía, y me convidó como por honor á ir á la sala de sus antepasados. Es aquesta la casa mas bella del lugar, habitación comun á todos los habitantes, porque teniendo de inmemorial la costumbre de no emparentar fuera de su país, todos son parientes hoy día, y tienen los mismos abuelos. Allí fué, pues, donde muchos acudieron para oír la santa doctrina, dejando al intento sus faenas.»

»¿No es esto por ventura una escena de la Odisea, ó mas bien de la Biblia?

»Un imperio que observaba ya dos mil años hacia unas costumbres inalterables por el tiempo. las revoluciones y las conquistas; este imperio, digo, hace una mudanza á la vez de un monge cristiano que partió solo de lo interior de Europa. Las preocupaciones mas arraigadas, los usos mas antiguos, una creencia religiosa consagrada por los siglos, todo esto cae y se desvanece con solo oír el nombre del Dios del Evangelio. En el momento mismo en que yo escribo, en el momento en que el Cristianismo se vé perseguido en Europa, entonces se propaga en la China. Este fuego que uno se creía apagado enteramente, vuelve á encenderse como acontece siempre despues de las persecuciones. Cuando degollaban al clero en Francia y se le despojaba de sus bienes y sus honores, eran innumerables las órdenes sagradas que se daban en secreto; los obispos proscriptos se vieron muchas veces obligados á negar el

sacerdocio á jóvenes que querían volar al martirio. Eso prueba por la milésima vez, lo mucho que han desconocido el espíritu del Cristianismo aquellos que han creído aniquilarle encendiéndole hogueras. Al contrario de las cosas humanas que por naturaleza perecen en los tormentos, la verdadera religion se aumenta en la adversidad, porque Dios la ha marcado con el mismo sello que á la virtud.

»Mientras que el Cristianismo brillaba en medio de los adoradores de Fo-hi, en tanto que otros misioneros le anunciaban á los nobles japoneses, ó le llevaban á la corte de las sultanas, se le vió introducirse, digámoslo así, hasta en los nidos de los bosques del Paraguay, á fin de domesticar aquellas naciones indianas que vivían como las aves en las ramas de los árboles. En verdad que es un culto portentoso el que reúne cuando le place las fuerzas políticas á las morales, y que crea por superabundancia de medios gobiernos tan sabios como los de Minos y de Licurgo. Aun no poseía la Europa mas que unas constituciones bárbaras formadas por el tiempo y la casualidad, y la religion cristiana hacia revivir en el Nuevo Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las cuadrillas errantes de los salvages del Paraguay se hacían sedentarias, y á la palabra de Dios salía de lo interior de los desiertos una república evangélica.

»¿Y cuales eran los grandes genios que producían estas maravillas? Unos simples jesuitas á quienes la avaricia de sus compatriotas ponía obstáculos en sus designios.

»Era costumbre generalmente adoptada en la América española, el reducir los indios á *encomienda* y sacrificarlos á los trabajos de las minas. En vano había reclamado contra este uso tan impolítico como bárbaro el clero secular y regular, resonando particularmente en los tribunales de Méjico y del Perú y en la corte de Madrid las quejas de los misioneros. «No pretendemos, decían á los colonos, oponernos al provecho que podeis sacar de los indios por medios legítimos; pero bien sabeis que la intención del rey jamás ha sido que los mireis como unos esclavos, y que la ley de Dios os lo prohíbe.... No creemos que sea permitido atentar á su libertad, á la cual tienen un derecho natural de modo que nadie está autorizado para disputársele.»

»Quedaba todavía al pié de las cordilleras, hácia la costa que mira al Atlántico entre el *Orinoco* y el *Río de la Plata*, un país poblado de salvages donde aun no habian entrado los españoles. En aquellos espesos bosques fué donde los misioneros emprendieron formar una república cristiana, y dar á lo menos á un corto número de indios la felicidad que no habian podido procurarles á todos.

»Dieron principio, pues, alcanzando de la corte de España la libertad de los salvages que consiguieran reunir. Al saber esta novedad se sublevaron los colonos, y solo á fuerza de ingenio y maña pudieron evitar los jesuitas que se derramase su sangre en los desiertos del Nuevo Mundo. Por último, habiendo triunfado de la codicia y la malicia humanas, meditando uno de los mas nobles designios que jamás concibió el corazón del hombre, se embarcaron para el *Río de la Plata*; río á donde vá á perderse otro que ha dado su nombre al país y á las misiones cuya historia bosquejo.

»Paraguay en la lengua de los salvages significa *Río coronado*, porque nace del lago Jarayes, que le sirve como de corona, y antes de ir á engrosar el *Río de la Plata* recibe las aguas del *Parana* y del *Uruguay*. Unas selvas que encierran otras, casi taladas por los años, lagos y llanuras enteramente inundadas en las estaciones lluviosas, y montañas que levantan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las vastas provincias que riega y fertiliza el *Paraguay*. En ellas abunda la caza de toda especie, así como los tigres y los osos: los bosques están llenos de enjambres de abejas, que labran una cera blanquísima y una miel muy perfumada, y se ven unas aves de plumage vistosísimo, y que entre el verdor de los árboles parecen unas grandes flores azules y encarnadas. Un misionero francés que se habia extraviado en aquellas soledades hace de ellas la pintura siguiente:

«Proseguí mi camino, sin saber adonde iria á parar y sin encontrar persona alguna que pudiera enseñármele. Algunas veces encontré en medio de aquellos bosques unos sitios encantadores. Todo cuanto han podido imaginar el estudio y la industria del hombre para hacer un lugar ameno y agradable, no se acerca á las bellezas que allí habia reunido la simple naturaleza. Aquellos lugares embelesadores me trajeron á la memoria las ideas que ha-

bía tenido en otro tiempo leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida, y me vino el pensamiento de pasar el resto de mis dias en estas selvas adonde la Providencia me habia conducido para atender allí únicamente al asunto de mi salvacion, lejos de todo trato con los hombres: pero no siendo yo el árbitro de mi destino, y como las órdenes supremas del Señor me estaban ciertamente señaladas por las de mis superiores, deseché tal pensamiento como una ilusion.»

»Los individuos que se encontraban en aquellos retiros solo se parecian á ellos en lo que tenían de espantoso. Eran una raza indolente, estúpida y feroz, que mostraba en toda su fealdad el hombre primitivo degradado por su caída. Nada prueba mas la degradacion que la pequeñez del salvage en medio de la grandeza del desierto. Luego que los misioneros llegaron á *Buenos-Ayres*, volvieron á subir por el *Río de la Plata*, y entrando en las aguas del *Paraguay* se dispersaron en los bosques. Las relaciones antiguas nos los representan con breviario debajo del brazo izquierdo, una cruz alta por báculo en la mano derecha, y sin otra provision que su confianza en Dios. Nos los pintan abriéndose paso por en medio de la maleza de las selvas, andando por terrenos pantanosos con agua á la cintura, trepando por las rocas escarpadas, y entrando casi á rastra en las cavernas y los precipicios, esponiéndose á encontrar serpientes y fieras en lugar de los hombres que buscaban.

»Muchos de ellos murieron allí de hambre y de fatigas: otros fueron degollados y devorados por los salvages. Al P. Lizardi le encontraron traspasado de flechas en un peñasco, su cuerpo medio desgarrado por los aves de rapiña, y el breviario cerca de él, abierto en el oficio de difuntos. Cuando un misionero encontraba así los restos de uno de sus compañeros, se apresuraba á hacerle los honores fúnebres, y poseido de una grande alegría cantaba un *Te Deum* solitario sobre la sepultura del mártir.

»Semejantes escenas renovadas á cada instante, causaban admiracion á las cuadrillas de bárbaros. Algunas veces se detenian al rededor del sacerdote desconocido que les hablaba de Dios, y miraban al cielo que el apóstol les indicaba: otras huian de él como de un mágico; se sentian sobrecogidos de un asombro extraordinario

y el religioso les seguía alargando los brazos hacia ellos en nombre de Jesucristo. Sino podía detenerlos, plantaba su cruz en un parage descubierto, é iba luego á esconderse en los bosques. Los salvages se acercaban poco á poco para ver detenidamente el estandarte de paz enarbolado en la soledad, y parecia que un imán secreto les atraía hacia aquella insignia de su salvacion. Entonces el misionero saliendo de improviso de su emboscada, y aprovechándose de la sorpresa de los bárbaros, les invitaba á dejar una vida miserable para gozar de las dulzuras de la sociedad.

»Cuando los jesuitas hubieron reunido ya algunos indios, recurrieron á otro medio para ganar las almas. Habian observado que los salvages de aquellas orillas eran muy sensibles á la música, y aun se añade que las aguas del Paraguay hacen la voz mas sonora y agradable. Los misioneros se embarcaron, pues, en unas piraguas con los nuevos catecúmenos, y navegaron rio arriba entonando cánticos que los neófitos repetian, semejantes á las añagazas del pajarero cuando cantan para atraer á las redes los incautos pajarillos. Los indios cayendo en el dulce lazo que se les tendia, descendian de los montes, acudian á las orillas del rio para escuchar mejor aquellos acentos, y muchos de ellos se arrojaban al agua y seguian á nado la encantada navicilla. El arco y la flecha se caian insensiblemente de la mano del salvage: entraba en su alma confusa el gusto anticipado de las virtudes sociales y las primeras dulzuras de la humanidad: veia á su mujer y su hijo llorar de una alegría desconocida, y subyugado en breve por un atractivo irresistible, se postraba al pié de la cruz y mezclaba sus abundantes lágrimas á las aguas regeneradoras que chorreaban de su cabeza.

»Así es como la religion cristiana realizaba en las inmensas selvas de la América lo que la fábula nos cuenta de los Amfiones y de los Orfeos; reflexion tan natural que se ofreció tambien á los mismos misioneros, y que prueba la verdad de cuanto aquí refiero aunque parezca una ficcion.

»Los primeros salvages que se reunieron á la voz de los jesuitas fueron los *Guaranis*, pueblos esperecidos por las orillas de *Paranape*, del *Pirape* y del *Uruguay*. Compusieron un lugar, bajo la direccion de los PP. *Maceta* y *Cataldino*, cuyos nombres es justo

conservar entre los de muchos bienhechores de los hombres; aquel lugar se denominó *Loreto*, y en lo sucesivo segun se iban erigiendo iglesias indianas, se comprendieron todas con el nombre general de *Reducciones*. Contáronse hasta treinta en pocos años, y formaron entre sí aquella *república cristiana* que parecia una reliquia de la antigüedad descubierta en el Nuevo Mundo. Ellas han confirmado á nuestros ojos aquella verdad tan conocida de Roma y de la Grecia, que con la religion y no con principios abstractos de filosofia es como se civilizan los hombres y se fundan los imperios.

»Cada lugar ó villa era gobernada por dos misioneros que dirigian los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas. Ningun estrangero podia permanecer en ellas mas de tres dias; y para evitar toda intimididad que hubiese podido corromper las costumbres de los nuevos cristianos, estaba prohibido aprender á hablar la lengua española, aunque los neófitos sabian leerla y escribirla correctamente.

»En cada reduccion habia dos escuelas; una para los primeros elementos de las letras, y otra para la danza y la música. Este último arte que servia tambien de fundamento á las leyes de las antiguas repúblicas, se cultivaba con particularidad por los *Guaranis*, los cuales ellos mismos sabian hacer órganos, flautas, guitarras, é instrumentos de guerra.

»Así que un niño habia llegado á la edad de siete años, los dos religiosos estudiaban su génio, y si parecia á propósito para los oficios mecánicos, se le ponía en uno de los talleres de la *Reduccion*, y en aquel mismo á que era inclinado. De este modo llegaba á ser platero, dorador, carpintero, tejedor, etc. En aquellos talleres habian sido Jesuitas los primeros maestros, habiendo aprendido estos PP. espresamente las artes útiles para enseñarlas á los indios, sin necesidad de tener que valerse de personas estrañas.

»Los jóvenes que preferian la agricultura eran alistados en el gremio de los labradores, y los que conservaban aun algo del genio vagamundo de su primera vida, eran destinados á guardar ganados.

»Las mujeres trabajaban separadas de los hombres dentro de sus moradas. A principio de cada semana se les distribuía cierta cantidad de lana y de algodón que debian entregar hilado el sá-